

Benjamín Subercaseaux

Ensayo sobre un falso problema

(EL SEXO)

«Tous les hommes qui savent ne sont pas capables d'expliquer ce qu'ils savent, et tous les hommes qui ne savent point ne savent pas écouter quand on leur explique».—PIERRE MILLE.



IMAGINEMOS por un instante un ser inanimado: una piedra, un árbol, o mejor—y esto nos pondrá desde luego dentro de una tradición honorable—la Esfinge de Egipto. Supongamos que, de la noche a la mañana, ella se pusiera a hablar como una cacatúa del trópico. Imaginemos que este hablar fuera continuo y que nosotros, cual nuevos Edipos, nos empecináramos en interrogarla esperando, naturalmente, que sus respuestas sean adecuadas a las circunstancias que nos impone la vida. Pues bien, siguiendo con nuestro ejemplo, si observáramos que las respuestas de la Esfinge son siempre las mismas, o más bien: que sus palabras no son verdaderas respuestas, ya que no se ciñen a las preguntas; o mejor todavía, si llenos de admiración, viéramos después de un tiempo, que en su parloteo inconsciente está contenida toda la realidad, con sus respuestas y alternativas incluídas en el discurso eterno, tendríamos el

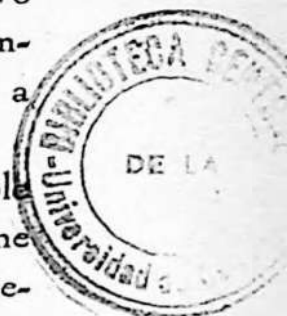
cuadro vivo de lo que es el instinto para el que lo interroga en calidad de psicólogo, de médico o simplemente con la curiosidad del ensayista.

Ver lo inanimado capaz de deducciones; contemplar lo inconsciente ejecutando actos que, para nosotros, necesitarían el concurso de una vasta inteligencia; constatar, por otra parte, que estas «voces de la especie» se tornan sordas y que siguen dando órdenes absurdas, cuando ya ha desaparecido el motivo que las provocaba; en una palabra, ver los instintos tan pronto sapientísimos como estúpidos, es algo que desconcierta a cualquier hombre que se guía por la razón.

Desde luego, se desconciertan aquéllos que, por la índole misma de sus estudios, están llamados a ocuparse de ellos: me refiero a los psicólogos. William James, el agudo filósofo americano, se dió por satisfecho el día en que llegó a definirlos, como «actos hechos en vista de ciertos fines; sin conocimiento previo de estos fines y sin educación inicial de estos actos». Hermosa y elegante definición que, desgraciadamente, nada nos enseña sobre el origen y mecanismo de los instintos. En ella se limita James a mostrarnos sus características; y ya es mucho.

Los médicos no andan más afortunados que los psicólogos. Inteligentes y capaces en lo que se refiere a la génesis y curación de las enfermedades orgánicas, se pierden en las más absurdas contradicciones o inventan los mitos más peregrinos, cuando entran en la zona tenebrosa de los instintos. Allí la observación da por tierra con todas sus conclusiones.

Un ejemplo: La hipercloridia o la hipocloridia son trastornos conocidos, que cualquier mal médico sabe curar; pero qué podrá hacer un médico, aunque sea célebre, si una mujer a la cual han debido mantener a régimen durante años; que sufre de digestiones lentas, con vómitos y diarreas; que durante meses y meses ha debido alimentar con caldos y dietas, se le ocurre fugarse, de la noche a la mañana, con un amante que la lleva al extranjero; la hace almorzar en el carro-come-



dor; la obliga a comer lo que le sirvan y constata al fin del viaje, que ha desaparecido la pesadez hipogástrica y que se han terminado los trastornos...

No es un dato picaresco, sino la experiencia diaria de cualquier psiquiatra.

¡Qué hacer con esos instintos, estas «inteligencias interiores», verdaderos *espíritus dobles* (por algo en la antigüedad se hablaba de *posesos*...) que parecen estarse allí, riendo, mientras nosotros nos esforzamos en alumbrar nuestra vida con la miserable candela del saber! ¡No vemos a menudo como ellos, hartos de nuestras divagaciones, terminan por soplar sobre la luz de la ciencia con un: «¡Basta de chiquilladas; ahora vamos a hablar en serio!»

Los médicos lo saben. Callan y sonríen, si son honrados. Los otros inventan largos tratamientos para explotar al cliente. Los moralistas, los legisladores, los políticos se conducen también como los malos médicos; sólo que ellos no se contentan con explotar al hombre, sino que lo martirizan y se martirizan ellos mismos. Es el gran «Misterio doloroso» de la humanidad, este instinto que los hombres quieren dominar y que sólo consiguen exacerbar.

Se entiende que ya no me estoy refiriendo a los instintos en general—nos llevarían muy lejos—, sino al instinto sexual en particular: a la señora del vagón-restaurante. Es el instinto del día; sobre él se han acumulado las peores injusticias: se han dicho los mayores absurdos y se ha hecho reinar la más grande obscuridad.

No es extraño que ocurra así: los instintos tienen particularidades inquietantes: son *actos de orientación*, es decir, manifestaciones que no se limitan a pensamientos o movimientos interiores del organismo, tales como el latir del corazón o la «danse du ventre» del diafragma. Los instintos hacen algo más: toman al individuo todo entero y lo trasladan en el espacio; lo orientan hacia un punto determinado.

Si es el instinto del hambre el que nos posee (valga este ejemplo), aquello comienza a manifestarse con sensaciones internas: lo llamado propiamente *hambre*. Le sigue cierta agudización de los sentidos y de la atención: los ojos captan cualquier imagen apetitosa; el oído se pone atento al hervor de la olla; el olfato *nos guía* hasta ella. Este último sentido, como vemos, inicia nuestro proceso de traslación: el acto propiamente tal. En realidad no se debería llamar *hambre* a la sensación que lleva ese nombre, sino al *acto* que nos empuja a conquistar el objeto de nuestra necesidad.

En el instinto sexual se manifiesta más claramente aun este carácter básico de los instintos: el desplazamiento de todo el ser hacia un objeto u otro ser. Movidos por el sexo, los hombres *se acercan* a otra criatura, la buscan, la persiguen, la poseen.

Con razón decía Janet que los seres, la primera vez que se acercaron a otros seres con un fin distinto que el de devorarlos, fué para poseerlos.

Esto es inquietante. Los hombres toleran todas las excen-tricidades posibles en los demás, siempre que se estén quietos; que no se trasladen; sobre todo, que no se trasladen en dirección a ellos.

La civilización logró—por lo menos en lo que respecta al instinto del hambre—que la traslación se desviara en la dirección de la cocina y del comedor. Hoy podemos pasearnos por la calle con la casi certeza de no ser comidos.

No podríamos decir otro tanto del instinto sexual. (Por algo las niñas «decentes» no salen sin compañía). Ya lo dijimos en una ocasión: «sexualmente, nos hemos quedado salvajes». La verdad es que los hombres, aterrorizados por esta constatación, se han echado todos a un tiempo sobre la borda del instinto—como ocurre en los naufragios—inclinando la barca y poniéndola en peligro de zozobrar. Religiones y prejuicios, tabús y legislaciones; pseudo-ciencias, hombres de bien, hombres

de mal, todos ellos están echados sobre el «problema» del sexo. Hay demasiada gente encima para poder ver bien; sobre todo en un asunto que, de por sí, no es muy luminoso. Unos apretando, otros desviando, casi todos explotando, han hecho del sexo el gran *chantage* de la humanidad.

No creo que haya otro problema (salvo las discusiones teológicas), donde se pueda encontrar un mayor número de absurdos, de impropiedades, de confusiones, de errores y hasta de mala fe, que en este sencillo acto biológico. Sin embargo, nada hay en el universo que interese más a los hombres; nada, tampoco, que combatan con más encarnizamiento. Se diría que hay en torno de este problema una brigada de lanza-humos, como aquéllas que en los ejércitos tienen por misión obscurecer la atmósfera.

No obstante, seríamos injustos si afirmáramos que en el sexo todo es engaño. Las religiones, en un comienzo, dieron las normas para regir este acto que, al cabo, es el símbolo por excelencia de la vida. No existe en la historia una religión despreocupada de esa trinidad que forman el Sol, la Madre Tierra y el Falo. Como vemos, verdadero símbolo del instinto de conservación en sus tres formas: Protección (calor), alimento y reproducción.

Los pueblos teocráticos condensaron en sus religiones el culto, la ley, la medicina, la moral y la higiene. Allí está el Levítico y el Deuteronomio para demostrarlo. En nuestros días, la Iglesia conserva todavía el culto y la moral. Lo demás ha pasado a ser función del Estado.

En realidad, no se concibe el culto sin la moral. Se es religioso para cumplir la voluntad de Dios sobre la tierra. Ahora, esta voluntad sabemos que es el bien; y la moral es el conjunto de reglas que rigen al bien, a la vida recta. Es lógico.

Pero como los hombres, con lógica o sin ella, son siempre los pícaros hombres, sea donde estén, aquellos que tuvie-

ron en sus manos la medicina y la higiene, no la abandonaron a tan bajo precio. Se reservaron para sí algo muy importante: el sexo, y para no aparentar que se extralimitaban, lo incluyeron en la moral.

Los hombres de ciencia y de política que son francamente infantiles frente a los filósofos y a los místicos, no repararon en la substitución. De tal manera que aun ahora cuando oímos hablar de moral, no se nos pasa por la mente de que se refieran a otra cosa que a la «moral» sexual. «*Se ruega la más estricta moralidad*», leía hace poco en un establecimiento de baños. «*Fulana lleva una vida inmoral*», oímos decir a menudo. Todas estas expresiones llevan un solo acento: el sexual. Moral y sexo son una sola cosa para el hombre de nuestros días. Esto es tan evidente, que la otra moral, aquélla que concierne al espíritu y a la vida recta, tiende a desaparecer, a ser supeditada por el «mores». Así tenemos que el sexo, ya afligido por los ataques de los hombres de bien, ha visto agregarse a la fila de sus detractores a los hombres de mal, creando así la situación ambigua del hombre inescrupuloso y casto frente al hombre honrado y ardiente.

Existe sin lugar a dudas —aunque no falta quienes lo nieguen— una moral eterna e invariable: la rectitud. Ella afecta al sexo como a las demás manifestaciones humanas. Un sexo «al margen de la moral» sería monstruoso, cruel. Pero no hay que confundir esto con los «reglamentos» pseudo morales que los hombres han creído poder aplicar a la vida erótica, limitándola y desvirtuándola. De esta confusión ha resultado como primera víctima, la moral misma; porque la verdad es que nunca se vió tan amenazada la rectitud y la bondad humanas, como en este juego hipócrita de los instintos regidos por la ley. De allí nació toda la malicia, la perversión, la irresponsabilidad y la inconstancia de que da pruebas la vida erótica actual.

Esto por lo que respecta al sexo en sus relaciones con las religiones, el «mores» y sus abusos.

Pero hay, además, los «tabús», las herencias subconscientes de los tiempos primitivos, que nos traen en sus noches de angustias nuevos agentes de perturbación para el claro estudio de estos problemas. Es menester analizarlos si hemos de hacer una crítica de la sexualidad actual, limpio el campo de toda escoria en que pueda tropezar el razonamiento.

«Sería errado creer —nos dice a este propósito Pierre Geyraud— (1) que en una sociedad determinada, la moral corriente —quiero decir ese conjunto no codificado de representaciones morales que constituye la sabiduría de las naciones— esté constituido únicamente por las morales religiosas o filosóficas. Por debajo de los preceptos morales provenientes de la revelación o de la tradición; por debajo de los sistemas morales de carácter inductivo o deductivo, encontramos siempre un viejo fondo moral, tan inveterado, tan indiscutido, que casi constituye una «categoría» mental. Este se expresa por comportamientos, por ritos, por usos que se envuelven en una atmósfera de vaga intelectualidad».

En Europa estos «tabús» primitivos son menos aparentes que entre nosotros. Aquí el amor es un rito tan fijo e inquebrantable, que sentimos la impresión de no estar actuando por nuestra propia cuenta, sino siguiendo una antigua lección, cuyo sentido se nos escapa, pero cuyas reglas hemos de seguir inexorablemente.

La vida corriente del mundo está preñada de viejos «tabús». Tenemos por de pronto, las actitudes inexplicables del respeto: la distancia, zona de acción mágica de la persona respetada, de la que es preciso precaverse. Luego, otras actitudes de temor: el silencio, el relajamiento muscular, la

(1) «Problèmes de la Sexualité» — Plon, 1937.

inmovilidad, etc. todas ellas resabios de antiguas creencias en los poderes de la persona a quien se respeta.

En el terreno sexual hay otros prejuicios, tales como las violaciones a distancia de los primitivos, producidas, según ellos, por una emanación de la personalidad: la mirada, por ejemplo. Es ese «tabú» el que despierta la reacción de cubrirse y todos esos actos que nosotros llamamos *el pudor*. Cosas ajenas a la virtud; simples supersticiones. Cuando se busca un apoyo a la tesis de la universalidad del pudor, diciendo que los primitivos también cubren sus partes sexuales, se comete un error. Se cubren para proteger sus partes sensibles contra las malezas, espinas o picaduras de insectos. En otros casos, como hemos visto, por tradiciones supersticiosas profundamente sexuales; nunca por virtud. (Mal podríamos imaginar, por lo demás, qué clase de «virtud» sería aquella. No resiste al análisis, y para explicarla, hay que recurrir otra vez a la palabra *pudor*, lo que impide toda definición verdaderamente filosófica).

Hay otros «tabús» propios del sexo. El de «batalla», por ejemplo. El acto sexual, lejos de ser un acto de comunión amorosa, lo sería de lucha; una batalla en que el hombre hace el papel de perpetuo vencedor y la mujer, de eterna vencida. De ahí esas actitudes de prepotencia y desprecio por lo femenino; los insultos a base de órganos pasivos, y la risa lúbrica que sirve para marcar el desprecio; risa «homérica», que en nada se parece al sentimiento de lo cómico.

En las relaciones *contra-natura*, vemos aparecer estos mismos «tabús» de preponderancia del macho, quien a pesar de su culpabilidad manifiesta, se considera libre de deshonra, mientras el compañero pasivo sufre el peso de la sanción. Como lo hace notar Dürhkeim: «l'acte sexuel est a la fois souverainement injurieux pour le partenaire et souverainement communiel».

La costumbre de evitar el contacto del miembro viril es

otro «tabú» curioso que he observado en América, España y Africa. Extremado en el hombre, donde llega a límites absurdos, se observa también —y esto es más extraño— en la mujer. Hay prostitutas que hacen toda suerte de actos lúbricos, pero no tocan con sus manos el miembro viril.

El semen derramado sobre la piel, tiene también sus prejuicios en América, donde se le considera agente de sarpullidos y otras enfermedades cutáneas. En realidad es un resabio de los ritos de purificación que obligan al árabe y al judío en circunstancias semejantes.

Es difícil leer un libro de los muchos que estudian los problemas del sexo, sin que nos dé la impresión de haber sido escrito para hombres y mujeres de otro planeta. No se sabe si por gazmoñería o por una de las muchas causas que venimos anotando, los sexólogos dan la impresión de ignorar totalmente lo que ocurre en la vida sexual cotidiana del mundo. Hablan como políticos, como hombres de religión, de ciencias, como moralistas, higienistas y educadores. Todo sexólogo es una de estas seis cosas, o todas a la vez. Siempre falta lo principal: el observador directo de las realidades naturales, sin religión, sin teoría pseudo-científica (en instinto, todo es pseudo-científico); sin pretender educar lo que ya está educado desde hace 300.000 años, sin fijar reglas morales a lo que, por su naturaleza misma, desborda de la moral.

Miremos el panorama del mundo a través de sus múltiples razas, y recibiremos, en recompensa de nuestro esfuerzo, una visión extraña de aquello que los hombres llaman gravemente: *el problema sexual*.

Por de pronto, descubriremos que no hay tal problema.

Si colocamos un acto natural en situaciones artificiales y le fijamos límites antojadizos a su desarrollo, habrá inevitablemente una lucha, una inadaptación, que podremos llamar, si se nos antoja, «el problema tal o cual». Pero a este título, todas las cosas serían susceptibles de ser transformadas

en problemas. El problema sexual no existe. Lo que en realidad ha pasado a constituir un problema es la moral que los hombres han inventado a propósito del sexo.

Imaginemos que a un dictador le viniera una idea peregrina (todo es posible en los tiempos que corren...). Supongamos que de la noche a la mañana, se le antojara establecer una «Moral de la Alimentación», y que según este novísimo descubrimiento, legislara en el sentido de que los hombres deberían comer ciertos alimentos y no otros; todo esto en vista de obtener tantas calorías para su uso diario y su perpetuación. Siguiendo el paralelo, imaginemos a estos pobres hombres sujetos a toda clase de reglamentos, privaciones y vigilancias: dentro de sus casas, en los restaurantes que frecuentan, en las tiendas de comestibles; todo un espionaje para sorprender los delitos de lesa-comida.

No tardarían en aparecer las perversiones alimenticias y los crímenes culinarios. El té y el café, que de nada aprovechan para la nutrición serían algo así como la inversión sexual. Los helados, con los dolores de muelas que provocan, una suerte de mazoquismo. Los pasteles y caramelos, con sus colores y adornos, el fetichismo, y por fin, la inocente torta de novia pasaría a ser el equivalente de una formidable orgía.

Aunque parezca ridículo, en el sexo se ha comenzado por crear también situaciones anómalas, que el cuerpo ha tolerado malamente. De ahí las dificultades y roces que han acarreado el «problema» sexual; un falso problema, como lo dijimos, ya que el sexo era anterior a él.

Los libros tocantes al sexo, se empecinan en estudiarlo dentro de lo que llaman *los valores prácticos*; o sea, la educación sexual del niño y el problema del matrimonio, con sus derivados: el divorcio, el aborto, la anticoncepción, etc.

Todo esto está muy bien. Una familia bien constituida merece ser estudiada con más atención que un burdel. ¡Quién

lo pondría en duda! Pero, para lograr obtener una familia bien constituida, para conocer los problemas del matrimonio y la educación sexual del niño, es preciso ver en qué consiste la sexualidad en sí, y si ésta se manifiesta sobre todo en el matrimonio, como parecen pretenderlo esos autores.

Todos ellos me han convencido de que confunden, lamentablemente el *instinto sexual*, fenómeno psico-biológico, con la *familia*, hecho social, político, moral. Se dirá que el sexo ha sido creado para que los hombres se reproduzcan, tengan hijos y organicen una familia. Evidente. Aunque lo último me parece menos probable... En todo caso, acoplarse es y debe ser, reproducirse. Pero ya hemos dicho que los instintos no pueden ser tratados en vista de sus finalidades, sino en relación a su mecanismo. Sería imposible despertar el deseo de comer en un inapetente por el hecho de mostrarle una lista de calorías, aun cuando el fin del alimento sea mantener las fuerzas y el calor. Nadie podrá decir tampoco que se ha excitado alguna vez, pensando en la enorme descendencia que podría dejar sobre la tierra... Nuestro inapetente comerá cómo y cuándo le venga en gana. Las calorías serán *la consecuencia imprevista, aunque determinada*, de los alimentos que ingiera. La naturaleza siempre obra así. «Elle est un hasard et une réussite perpetuelle». La organización de la familia es una fórmula cómoda *para aprovechar* el instinto sexual. No se puede partir de ella para estudiar o modificar el instinto. Ella es efecto, no causa.

El mundo nos está dando el espectáculo de la marcha del instinto. No es precisamente la que nos describen los sexólogos. Si fuera posible tomar el porcentaje de las eyaculaciones que se producen en la humanidad durante 24 horas, veríamos que, por lo menos un 70% de ellas (descontando las poluciones nocturnas) van destinadas a otros fines que la concepción. (Y así, hay quienes encuentran que en el mundo hay un exceso de natalidad...). La inmensa masa infantil contribuye con un

30% de masturbaciones (pérdidas relativas, ya que el hombre a esa edad no puede ser aprovechado como un factor útil para constituir la célula familiar). El otro 40% se reparte entre los onanistas ocasionales, los viciosos del burdel, la aventura clandestina y la homosexualidad masculina. Esta última es inmensa (los sexólogos la consideran un caso patológico y aislado...), desborda las cifras más altas que podríamos atribuirle, dado lo aparentemente esporádico del hecho (no olvidemos que casi siempre escapa a la observación). Las marinas y ejércitos de todo el mundo cuentan, por lo menos, con un 40% de adeptos—aun cuando, congénitamente, muchos de ellos no son invertidos—. A éstos, se pueden agregar todas las cárceles y presidios, y ya tendremos un número crecido. Ahora, si sumamos los colegios, internados, seminarios, albergues, asilos nocturnos, hogares populares desprovistos de vigilancia, y la población flotante del mundo que comete actos homosexuales por lo menos una vez por cada tres coitos normales, tendremos un porcentaje importante.

Adviértase que no me refiero a los individuos homosexuales, cuyo número es relativamente escaso, sino a los *actos homosexuales*, lo que no es lo mismo, aunque se le parezca. No hay que confundir la constitución homosexual—trauma psicobiológico—que es escasa, con la homosexualidad latente, el juego homosexual, fenómeno tan común, que lo extraño consistiría en no encontrarlo: tan escasos son los que nada sienten por su propio sexo. Ya lo dijo Marañón al establecer sus tres divisiones de: machos absolutos, hermafroditas psico-sexuales e invertidos absolutos. Los primeros y los últimos son la excepción. El resto de la humanidad se recluta entre la clase intermedia.

Como vemos, la sexualidad humana, en un momento dado del tiempo, está lejos de los honrados estudios sobre el sexo, limitado al estrecho problema matrimonial o concepcional.

Se dirá que esto prueba que la degeneración humana ha

llegado a su máximo. No hay tal. Suponiendo que a todas esas manifestaciones sexuales les conviniera el título de *degenerativas*, tendríamos que reconocer, no obstante, que son las mismas que nos cuentan los antropólogos, que nos relata la vieja Biblia y que encontramos en los dibujos de la prehistoria.

Hace algunos años visité en París un gabinete privado del Museo de Antropología, donde pude ver unos «graffetis» encontrados en una caverna prehistórica. Allí estaban representadas, groseramente, todas las «poses» hetero y homosexuales que es posible imaginar. Jamás lo hubiera creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

Es cierto que un error, por ser viejo no se transforma en verdad, ni lo que es anormal, en normal. Pero también es preciso considerar que si los siglos se pierden en un inmenso desfile, sin modificar la conducta humana, tendremos que reconocer también, a justo título, como anormales la atrofia del apéndice y las tetillas del macho. Sería hilar demasiado delgado... Ante hechos semejantes, es preciso reconocer que el mundo es sexualmente igual ahora que entonces, sólo que la frecuencia de los actos y la parte que la personalidad ha tomado en ellos es ahora infinitamente superior y perversa, debido a las restricciones impuestas al sexo y, sobre todo, debido a un factor que no se estudia bastante, y que considero importantísimo: el vestido. La ausencia del desnudo habitual—o eventual, pero más frecuente—ha modificado profundamente el juego de los instintos, desvirtuándolo.

Como vemos una vez más: el problema de la moral, no del sexo.

Leyendo un folleto del Padre Laburú, encuentro esta frase, que es toda una prueba de las aberraciones a que nos ha llevado *la moral del vestido*: «El hecho primordial para conocer la moralidad de las playas—dice el célebre predicador—es el de la innegable existencia del desnudo en la playa».

(*Las playas en su aspecto moral*, Buenos Aires, Edit. Difusión, pág. 4).

Esta afirmación nos coloca desde luego en una situación difícil y manifiestamente inferior a los honrados vividores pre-históricos del Museo de Antropología. Es un hecho que el deseo psíquico del sexo se mantiene a costa del vestido y de su misterio. Sin él estaríamos sometidos a la periodicidad otoñal y primaveral, como los demás animales. El vestido consigue realizar el milagro —por vía psíquica, ya que no orgánica— de mantener encendidos los descos durante todo el año.

Es verdad que el buen predicador constata la sobreexcitación producida por el desnudo, y con razón se alarma. Pero olvida que el hombre no puede normalizar sus instintos en dos horas de baño, y esto, durante uno o dos meses en la temporada. Además, estas excitaciones aparecen cuando los bañistas están medio cubiertos por sus trajes, y los espectadores, totalmente vestidos. Si este honrado sacerdote hubiera podido experimentar lo que se siente *con el desnudo total del cuerpo*, en un grupo en que no son aceptadas las personas vestidas, habría visto con sorpresa que allí reina la serenidad, y habría comprendido que esta es la verdadera panacea para conseguir, no diré la castidad, pero por lo menos, la liberación de la obsesión sexual y el comienzo de una vida sana y contenida.

Ejemplos como éste nos están probando que toda medida pedagógica o legal referente al sexo es provisoria y de un alcance dudoso. *Las reglas del juego han sido falseadas desde mucho antes*. En la actualidad es difícil formarse una idea de lo que sería el instinto sexual liberado de las trabas religiosas, políticas y morales que lo han rodeado de sus vendas y bandeletas, como a una momia de Egipto.

Desde luego que no bastaría liberar al instinto de esas trabas; debajo de ellas la piel está ulcerada por la comprensión, y las pocas partes sanas, nacidas en la sombra, no es-

tarían en condiciones para soportar la luz del sol. Sexualmente somos todos «enfermos». Años y siglos de imposiciones a la libre expansión de la naturaleza han perturbado los reflejos, creando nuevas asociaciones e interesando a la personalidad más de lo que le está permitido hacerlo en estos mecanismos que, por su naturaleza misma, deben ser autónomos. El instinto no tiene nada que ganar con la intervención de la inteligencia, y mucho que perder. El instinto ya está provisto de una obscura inteligencia secular, que tolera malamente las intervenciones de la inteligencia circunstancial. Los hombres en su manía de elevarse por encima de toda clasificación animal, han querido «dominar el instinto», como ellos dicen. Suponiendo que la desaparición de estos mecanismos fuera algo provechoso —lo que no es probable— queda por averiguar si la *evolución* consiste en una *revolución*. Si los hombres hablan de lucha contra el instinto es porque estos instintos están ahí todavía, vivos y potentes. ¿Piensa acaso el hombre liberarse de la animalidad por un decreto-ley? Si hay lucha, es porque la evolución está sólo en sus comienzos. Nadie ha logrado hacerla avanzar por la fuerza.

Por esto, me parece que la moral del futuro consistirá en un tratamiento de regeneración del instinto para sanarlo de la moral; para sanarlo de todas las intervenciones inoportunas de una inteligencia petulante, del tipo simio, que de buenas a primera, se propuso cambiar los cimientos del mundo.

Parecerán exageradas nuestras conclusiones. Es difícil liberarse del yugo de la percepción acostumbrada y volver a ver las cosas como por primera vez. No obstante, un simple análisis nos lleva directamente a la verdad.

Más atrás establecíamos un paralelo entre el instinto alimenticio y el sexual. Si al primero se le hubieran impuesto las trabas que ha tenido el segundo, ya tendríamos que haberlas con un tratamiento de normalización alimenticia, como el que propongo para el sexo. Y no es esta una sim-

ple comparación; el instinto alimenticio ya ha sido «degenerado» en algunos pueblos debido a los preceptos religiosos. No olvidaré nunca este hecho que me ocurrió en Oriente: estaba comiendo en un restaurante árabe, en un pueblo del interior de Tunisia. Como siempre ocurre en esas regiones, pululaban los mendigos entre las mesas. Un muchachito de unos doce años, harapiento, con una mirada hermosa e inteligente, se acercó a mí, y con un gesto picaresco me señaló un plato con sandwiches que estaba sobre la mesa. Eran sandwiches de jamón, que, como ha de saber el lector, es una comida impura, prohibida en la Ley de Moisés y de Mahoma. El niño no sabía el contenido de los sandwiches ni yo pensé en ello cuando le hice señas para que se llevara uno. El lo cogió, con la cara resplandeciente de gozo. En dos bocados ya había engullido la mitad, cuando un árabe que ocupaba la mesa vecina y que había observado la escena, lo detuvo por el brazo, y mostrándole el sandwich: ¡Halouf! (chanchito) —le dijo con horror—. El muchacho, con la boca medio llena de pan, repitió con asco: ¿Halouf? y miró desorbitado el pedazo que todavía tenía en la mano. —Sí, halouf...

Fué un solo reflejo, sin esfuerzo, el que le provocó la náusea, y con ella, la salida instantánea del alimento ingerido. Me impresionó enormemente. ¿Podríamos nosotros, después de haber comido con agrado, y estando sanos del estómago, vomitar un alimento de una sola vez, por un prejuicio religioso?

Me parece difícil. Cuántos años y siglos debieron pasar para crear este reflejo anormal entre los semitas. El hecho es que hoy en día lo poseen y que sería materia de un largo tratamiento psíquico el librarlos de ese mal.

En el sexo ocurre otro tanto con nuestra moral de occidente. La fuerza de la costumbre hace que ya no podamos distinguir la anormalidad, sino en los casos muy patentes de perversión, y entonces atribuimos a causas muy diferentes lo

que es una simple consecuencia de un estado de cosas ya alterado por un uso indebido.

El vestido, desde luego, nos ha habituado desde pequeños a formarnos una idea totalmente falsa de la humanidad. Es conocida la ignorancia anatómica de los niños. Ellos creen, en un comienzo, que los hombres se diferencian de las mujeres por llevar unos pantalones y las otras, faldas. Si son varones, piensan que las mujeres llevan un pene y testículos, como ellos. Si son niñas, creen que los hombres llevan vulva.

Este hecho simple, que nos hace sonreír, es gravísimo. Si el desnudo fuera habitual o frecuente, sin traba moral ninguna, no existiría esa ignorancia que, al prolongarse, trae un choque emotivo intenso, porque despierta no sólo la revelación súbita de la conformación anatómica, sino también su mecanismo: el coito y con él la reproducción y las aplicaciones consiguientes a padres, maestros y otras personas respetables que el niño, en su concepto falseado de la vida, había creído incapaces de actos semejantes. De ahí un factor grave de desorientación afectiva y un latigazo al instinto, que no alcanza a pasar por las gradaciones sucesivas que necesita para alcanzar una sana adaptación a la realidad. La educación sexual del niño y las prudentes «revelaciones» del maestro de higiene no bastan. El sexo «hablado» es tan peligroso como el sexo «pensado». Sólo la *visión* de la anatomía, contemplada desde pequeños, puede llevar a un conocimiento normal y adecuado. Los padres de familia protestan contra la nueva educación sexual, y tienen toda la razón: es indecente. El sexo no ha sido hecho para que se le comente, sino para que se le mire, se toque, y llegado el momento, se le use.

Y no se crea que este fenómeno del vestido afecta sólo a la infancia. En cierta manera todos estamos sometidos a su magia. El juez que instruye un proceso; el sacerdote que habla desde el púlpito, la dama importante ante la cual nos

inclinamos para besar su mano, no los imaginamos en su verdadera personalidad anatómica. Hay una humanidad vestida que nos parece *indesnudable*. De ahí una serie de sentimientos que son fetichistas y que no logran aferrarse a un valor espiritual, interno y verdadero, como sería el caso si existiera la igualdad material del desnudo, donde los hombres y las mujeres son respetables por su vida interior. Hay una *humanidad-cosa* que no relacionamos con la *humanidad-persona*. Nuestra conducta se basa en la primera, que es artificial, y se desorienta cuando enfrenta a la segunda que es la verdadera.

Esta capacidad para actuar en los dos frentes a la vez, varía según los individuos. Los hay que se mueven libremente en uno y otro. Los hay que no. Puestos en presencia de la gran dama desnuda, se desconciertan; el instinto se recoge, no halla qué hacer, se rebela ante un estado de cosas desconocido. De este sentimiento, a la inversión, sólo hay un paso. El hombre pasa a ser algo más familiar al hombre; la mujer ya no le parece un semejante; las faldas que cubren las extremidades y exageran ciertas líneas, las hacen aparecer ante sus ojos como personajes de otra especie. La diferenciación sexual puede atraerlos todavía, siempre que se limite a ciertos órganos, pero no a la estética general. Hay imaginaciones débiles que toleran difícilmente la substitución de la anatomía humana por el vestido femenino. El traje masculino al diseñar las piernas y el torso, la respeta mejor. No tardan, pues, en recibir el choque de estas observaciones que, lentamente, van modificando los instintos en el sentido homosexual.

Los fenómenos que hemos anotado se observan con toda claridad en el adolescente. El, más que nadie, es un débil imaginativo; no en el sentido de que le falte imaginación, sino porque en él está desprovista de materiales, de antecedentes que le permitan descubrir «al semejante» en la mujer vestida. De ahí esos primeros rechazos, esas burlas groseras

a la mujer y a su indumentaria, y hasta algunas tentativas homosexuales que ocupan su virilidad durante ese período.

Sería exagerado culpar al vestido como causa única de las inversiones verdaderas (que son de origen congénito, glandular); pero hemos de reconocer que ha influido poderosamente para inclinar la homosexualidad latente de ciertos hombres que buscan «su semejante» y que no siempre pueden descubrirlo bajo ese disfraz de la mujer, que la aparta excesivamente del tipo anatómico común.

El vestido tiene, además, el inconveniente de fijar la atención en ciertas zonas cubiertas que, en el desnudo completo se diluyen en un total inocuo. Nos referimos a los senos, en la mujer, y al «paquete sexual» en el hombre. Los movimientos de la vida diaria ponen en manifiesto estas partes en forma provocadora, siendo que, en el desnudo completo apenas reciben una mirada informativa, como la que damos a la cara con el fin de reconocer a las personas.

A estas zonas cubiertas, vienen a agregarse las zonas desnudas, que en las gentes vestidas son objeto de toda una mitología sexual. Sabemos la manía de las piernas, en el siglo pasado. Ahora están cayendo en desuso. Pero queda el pecho, el cuello y la nuca. Hay toda una psicología sexual del cuello y de la nuca. Los niños creen que el semen viene del cerebro y que tiene su nacimiento en la región occipital; de allí una fuerte zona erógena que les provocan los cuellos robustos.

Hay también las sensaciones de *espacialidad*. El instinto, relegado al pequeño espacio de las regiones descubiertas, centra sus sensaciones con tal intensidad, que ellas repercuten en la percepción con sensaciones de volumen y de espacio. Un trozo pequeño de piel, detrás de la oreja; un brazo desnudo, terminan por poblarse de pequeños accidentes visuales que al ser transformados en táctiles, traen una decepción: todo parece pequeño e insuficiente en la obscuridad, allí don-

de el tacto reina a expensa de los ojos. En el desnudo completo los ojos ven y las manos tocan. Hay una sensación doble y perfecta que encauza al instinto en un camino real y verdadero. El vestido y los prejuicios de intocabilidad de las personas, nos llevan a una excitación puramente visual, que no encuentra traducción, después, en el lenguaje táctil. La llamada vulgarmente «corredura de manos», es un instinto intuitivo para subsanar en parte esa anormalidad de la vida sexual a que nos ha condenado el vestido.

La cara está también entre esas zonas descubiertas que se han colocado indebidamente, en un primer plano que no les corresponde.

Si pudiéramos sumergirnos en un ambiente no pervertido por las trabas morales, veríamos que la cara pierde gran parte de su importancia como factor de belleza y de atractivo sexual. El total del cuerpo tendría una importancia mayor. Y esto sería lógico, porque en la actualidad se está produciendo una selección basada en la cara, que no siempre va en provecho de la robustez del cuerpo y de la armonía de la especie. Hay cuerpos sanos y hermosos, despreciados bajo un vestido que oculta sus cualidades de fuerza y de armonía. A la inversa, hay caras que ciegan con su hermosura los defectos de un cuerpo que se ha pretendido falsear con los aderezos de la moda.

De ahí, todo un juego de desplazamiento de los instintos, basado en el vestido. El uniforme y las ropas deportivas en los hombres; el descote y la cara, en las mujeres, han venido a substituir los valores esenciales de la belleza, que no son antojadizos y puramente artísticos, sino que vienen a estimular una reproducción más sana y cada vez más apta para el progreso de la especie: no es con una cara bella que se hace un hijo sano, sino con un cuerpo robusto.

Para terminar con esta influencia del vestido en la psicología sexual, recordemos el daño que trae para el correcto tra-

tamiento de las enfermedades sociales este hecho de que sus taras queden invisibles para los demás (1).

Hay individuos atacados de diversas plagas sociales que prefieren llegar hasta los últimos extremos de la corrupción con tal de no confesar su mal. Ya perderían sus pudores o su indolencia si las lesiones quedaran visibles a los ojos de todos. Suprimamos por un día el entrepiernas en las piscinas, y veremos desaparecer la mitad de la concurrencia...

Las restricciones impuestas al sexo han hecho que el hombre actual viva en un perpetuo estado de excitación. Obsérvense las muchedumbres, los conglomerados que se forman ante cualquier acontecimiento callejero, que a nadie interesa, pero en torno del cual se aprietan, no obstante, los mirones con el solo fin de establecer un contacto; un «contrabando» de sensaciones, al margen de la *intocabilidad*.

A esto, agreguemos el lenguaje soez, que es una voluptuosidad; los letreros en las paredes y letrinas, que son una liberación y tendremos una prueba del bullir interno del instinto, que busca sus válvulas de escape, insuficientes, a veces, para la presión interna, que estalla bajo la forma del crimen pasional o el ultraje al pudor.

Antes de pasar al estudio del matrimonio, vamos a detenernos unos instantes en una modalidad sexual que ha venido creándose en la medida en que nos alejábamos del buen sexo burdo y primitivo. Me refiero a lo que llamo la *selectividad erótica*. Es éste un fenómeno curioso que nos viene a revelar la existencia de una multitud de vidas sexuales dentro de un mismo individuo, quien las va gustando por turno, siguiendo un ritmo pre-establecido.

(1) Nada diré de lo que significa el vestido para la salud general. La medicina algún día comprenderá la inutilidad de sus esfuerzos sobre una humanidad que se asfixia día y noche entre los pliegues de sus telas...

En el terreno alimenticio (perdóneseme estos paralelos frecuentes con el hambre; ayudan mucho a la comprensión) vemos algo análogo. Todos sabemos lo que es el hambre. No obstante, ocurre a veces que el hambre—deseo orgánico—está condicionada por un deseo psíquico: *tener hambre por cierta cosa*. Si esta cosa no llega a ser ingerida, sentimos que llenamos nuestro estómago, pero que no satisfacemos nuestro deseo: seguimos con «hambre de tal cosa».

En el sexo ocurre algo semejante. Hay un hambre sexual básica: *hambre de cualquier cosa*. Esta es notable en el tipo de hombre sencillo, primitivo. El no establece distinciones; todo le es bueno siempre que le permita la eyaculación. Así, lo vemos frecuentemente elegir compañeras abominables desde el punto de vista estético. Sus mismas expresiones para designar a las prostitutas: «*las peladas, las guatonas*», no son de las más escogidas. Ellos se satisfacen de cualquier modo, incluso el homosexual: ¡todo da lo mismo! Una cosa hace excepción: él no se masturba (ni falta puede hacerle en esas condiciones...).

En el hombre más refinado, las cosas ocurren de otra manera. Es cierto que él también puede llegar a cierta indiferencia en la elección, si ha estado sometido a una larga continencia. Sólo que en él no aparece la aberración estética hasta el punto que hemos indicado. Antes de llegar ahí prefiere masturbarse. (No olvidemos que la masturbación puede ser una defensa en el hombre, contra el mal gusto, contra la prole débil, no seleccionada).

Ahora bien, esta hambre sexual básica, indiferenciada, que podríamos llamar, simplemente, *genésica*, depende de los órganos mismos y de su carga: con ella aparece y con ella se va. El hambre psíquica, en cambio, puede persistir y manifestarse con fuertes erecciones, aun cuando hayan sido vaciados los receptáculos seminales. Puede engarzarse en un tipo determinado de personas: hay días en que amamos las rubias; otros,

las morenas. Las preferimos adolescentes, a veces; otras, maduras. Elegantes y perfumadas, en ocasiones; otras veces, a la «negligé». Hay verdaderos «ritmos sexuales». Lo que ayer había colmado nuestros deseos y que no logramos tener, llega hoy y ya no sirve: nuestro ritmo ha pasado a otro compás.

Como se comprende, dadas las dificultades de la vida sexual y de su conquista, estos ritmos rara vez coinciden con las circunstancias exteriores. ¿Qué ocurre entonces? Pues bien, o no encontramos a la mujer «del día», y entonces en la espera se nos van acumulando las fuerzas hasta actuar dentro del tipo indiferente y primitivo, o nos resignamos a actuar en seguida con cualquiera, sacrificando el goce a la necesidad.

Ocurre a veces—es muy raro—que el ritmo coincide. El placer es entonces tan intenso que se desata una pasión o un enamoramiento. Más de un hombre ha ido a parar en el matrimonio después de un caso así... y ha llegado a él cuando ya había pasado el primer ritmo y que estaba en otro.

Las personas sometidas a ritmos sexuales (forma manifiesta y protectora de la poligamia, que reparte la semilla sin preferencias, uniformemente) no pueden soportar el matrimonio monogámico. Y son los más. Los otros, los monógamos—si es que realmente existen—son buenas gentes sencillas que se conforman con un solo tipo humano; más por indiferencia que por virtud. (Es cierto que hay también el «amor»; pero esto lo estudiaremos más adelante). En realidad, los monógamos son personas primitivas, poco dadas al espíritu y al arte, sin personalidad, «gozadores primordiales», como esa gente del pueblo que se limita a una satisfacción del órgano: *genésica*; no de la personalidad: *sexual*.

Estas selecciones eróticas, libres en el juego de los instintos, sin las trabas morales, pueden ser provechosas. Dentro de la organización actual del sexo y de la familia son un obstáculo insalvable, que no encuentra solución ni con los prostíbulos, porque estos hombres tampoco pueden alimentarse

continuamente con carne de burdel... Son los grandes promotores de la violación y de la tragedia familiar; madres solteras, etc.; mecanismos hechos para funcionar con éxito en un ambiente natural y libre.

El matrimonio, que hasta ahora no habíamos querido tocar por temor a los prejuicios que reinan en torno a él, también se ha visto pervertido por las trabas morales que, como hemos visto en este estudio, afectan a todas las manifestaciones del instinto. Hay dos manifestaciones que yo considero de la mayor importancia y que marcan estas perversiones. Nunca las he oído mencionar en este sentido y seguramente han de parecer extrañas. Una de ellas es el amor, aplicado a la vida sexual; la otra, el mito del «tipo ideal».

Para comprender mejor estos hechos es preciso advertir que existen especies polígamas y monógamas. El perro y el mono son ejemplo de las primeras. La paloma, de la segunda. El hombre, como sus congéneres simios—ya lo hemos visto en este estudio con una frecuencia que no da lugar a dudas—es, por esencia, polígamo. La moral cristiana y las leyes nacidas de ella lo han obligado, es cierto—y hasta me atrevería a decir: inclinado—a una vida monogámica. Sabemos hasta qué punto ella es ilusoria...

No obstante, es preciso ser muy prudentes en la generalización. Hay hombres profundamente monógamos, no sólo por su modo de pensar, sino también por sus ritmos vitales y su orientación única. No deben extrañarnos tales excepciones. Personalmente, he observado entre las palomas—especie exclusivamente monógama—el hecho inverso: algunas de ellas abandonan su compañera y el cuidado del nido, para correr en pos de otras hembras. Son excepciones que vienen a confirmar la regla.

Las leyes deberían respetar estas excepciones y aceptar las dos formas: monogámica y poligámica. Hay temperamen-

tos para lo uno y lo otro. De hecho, ya las han aceptado al establecer el divorcio; acto hipócrita e inmoral que nada resuelve, porque es un simple parche, una concesión a un sistema aceptado que se rechaza después.

Sentados estos hechos, vamos a estudiar las «perversiones» que hemos observado.

Decíamos que una de ellas es el amor. Sí, el amor, tal como suena. Naturalmente, no me refiero a los sentimientos afectuosos, ni a la preferencia pasional que pueden manifestarse dos seres entre sí, sino a aquel extraño sentimiento, mitad normal y mitad patológico, que Pierre Janet definió con una sutileza admirable al llamarlo: *una hipótesis transformada en idea fija*. Este sentimiento es inherente a la naturaleza humana y lo vemos manifestarse en los estados depresivos (1) entre madre e hijo, o bien entre amigos, principalmente adolescentes. Lo grave está en que muy a menudo, dado nuestra organización monogámica, lo vemos agregarse también a vida sexual. Entre los primeros, aquellos seres que no tienen relaciones sexuales entre sí: amigos, madres e hijos, este sentimiento reposa sobre una base serena, donde el amor puede crecer o disminuir paulatinamente, siguiendo la lógica de la vida y de los hechos.

En cambio, en la pareja conyugal el amor ha sido injertado en el sexo; como quien dice, en el más débil, el más caprichoso, el más inconstante (biológicamente debe tener estas

(1) No debe extrañarnos el término: *estados depresivos*. El amor-enamoramiento, por su misma calidad de *sentimiento-obsesión*, encuentra una entrada fácil en la conciencia, cuando ésta se ve debilitada por algún suceso penoso o, simplemente, debilitante. Así, la muerte de un ser querido, una catástrofe sentimental o el agotamiento producido por la adolescencia o el parto, pueden dejar a la mente desprovista de ideas antagónicas (verdaderos «fagocitos» mentales) y abierta a la *idea invasora*, que termina por «infectar» la personalidad, creando la *obsesión-sentimiento*. Decimos entonces que el individuo se ha enamorado.

características) de los sentimientos humanos. El amor sigue estos vaivenes y vemos que, habitualmente, lo hace en forma trágica. «Il y a des bons ménages—decía la Rochefoucault—mais il n'y en a point de délicieux».

Sería un error creer que en todos los pueblos y en todos los tiempos ha sido así. El amor-enamoramiento, aplicado al sexo, es una adquisición relativamente reciente, que vino a encontrar en la pareja monógama un campo adecuado para fructificar. En la poligamia, el «amor» reviste otros caracteres muy diferentes de los nuestros. Sea en Oriente o entre los pueblos primitivos, o bien en la masa popular actual—prácticamente poligámica—el amor se aplica a otras relaciones: familiares, amistosas. Nunca sexuales.

Esta «manía del amor» ha traído a nuestra civilización occidental (dejando de lado el crimen pasional, la mujer eternamente desdichada, los celos, etc.) una consecuencia grave que afecta al núcleo de la familia, a la razón única de su existencia: el hijo. Estando el «amor» en juego entre los padres, y reposando ese juego en el oleaje caprichoso del instinto, la mujer ha debido consagrarse principalmente «a no perder su marido». En realidad, de madre venerable se ha transformado en amante solícita, y en ocasiones majadera, sembrando el hogar de escenas e inquietudes que perturban la sensibilidad del niño y la colocan a ella en posición deleznable, incompatible con el verdadero amor maternal: éste es algo más que un egoísta placer sensual. El goce de la mujer junto al «hombre indispensable» es un medio, solamente, una afectuosa amistad en vista de *un fin*: el hijo. Es en él que ha de fijarse ese amor digno, no en el esposo y en el juego caprichoso de los instintos. Es ese amor el que de ahora en adelante habrá de ser su gran preocupación y su legítimo goce.

El fracaso del hogar moderno ha venido, precisamente, de las consecuencias que ha traído la monogamia para el correcto funcionamiento del amor maternal, diluído ahora en las mil

preocupaciones de la amante que sigue ejecutando un papel caduco, imposible de resucitar.

En el Oriente poligámico, el amor no tiene la vehemencia que vemos entre nosotros. Es ardiente, alegre y fraternal.

Los verdaderos lazos que unen a los padres no son directos sino constituídos por el triángulo del hijo: dos afectos comunes por el pequeñuelo llevan entre sí un lazo común, indestructible; no sometido a egoísmos ni a goces perecederos. Y es por esto que en Oriente, la poligamia no es una dificultad para la armonía de la familia, como lo sería para nosotros con el famoso «amor» occidental, egoísta y malsano. Los orientales, como sabemos, casi no eligen sus esposas. De allí que el *amor-pasión* se vea substituído entre ellos por el *amor-costumbre*, la amistad afectuosa y ardiente. Algo así ocurriría entre nuestros abuelos, y no podemos decir que fué en desmedro de sus familias, porque nunca se vieron hogares mejor constituídos.

Esta manía del amor que hemos estudiado en la monogamia, trae una segunda consecuencia que, con ciertas reservas, podríamos calificar también de «perversión»: es la búsqueda eterna del «tipo ideal».

Hemos visto que el tipo ideal, o bien no existe, o puede constituirlo cualquiera de los seres que nos rodean, según el día o el ritmo que nos domina. Si partimos de la creencia que la frágil plataforma del sexo puede sustentar la complicada arquitectura del amor, estaremos condenados a contemplar una serie indefinida de derrumbes, que nos harán perder nuestra confianza en la vida y nos comunicará un desinterés nefasto por la cosa familiar. Vendrá la búsqueda eterna del eterno amante, y éste será reemplazado por una serie indefinida de amantes ideales, cual de todos peor que el otro o la otra; perderemos la confianza en los hombres y en las mujeres. Y esto será injusto, porque muchos seres que harían un mal papel como «tipos ideales» podrían desempeñarse honora-

blemente como padres y esposas si se les dejara dentro de los límites y atribuciones de unos y otros.

Al problema del matrimonio que, como hemos visto, no es otra cosa que el desplazamiento forzado del instinto a una forma inadecuada de existencia, le siguen otros problemas, o más bien, falsos problemas, que han llevado la inquietud y la insatisfacción a esta pobre humanidad dolorida y esclavizada. La violencia y el dolor, la traición y el interés, la enfermedad y el crimen, todo lo más horrible que aflige al hombre, ha debido ponerse en juego junto al sexo para poder burlar la ley absurda y arrancarle así, algunos jirones de placer. La prostitución con todas sus repugnancias e injusticias insalvables, es uno de los retoños que han florecido en el campo de nuestra flamante moral. Puede decirse que es el punto doloroso y acusador que le está gritando a la moral occidental lo errado de su camino. Los autores más honorables e imparciales han declarado que la prostitución es «un mal necesario». Un mal no es nunca necesario, y si pasa a serlo, es porque hay algo dentro del rodaje que no va bien, y esto, sí, que es necesario cambiar.

Vemos, pues, por la simple enumeración de estas realidades que afectan al sexo, cuán lejos estamos de toda teoría, reforma o crítica de las que por ahí abundan. Todas ellas juegan y construyen en el terreno movedizo de lo transitorio, empleando las viejas cartas falseadas que podrían hacer caer en trampas hasta al mismo jugador honrado que se vale de ellas sin saberlo.

Nosotros aquí, hemos procurado, por unos breves instantes, inclinarnos sobre el fondo del instinto que, a pesar de los numerosos sabios que se divierten en enturbiarles las aguas, todavía se muestra visible y cristalino. Allí hemos encontrado que la Biología no reconoce fronteras morales ni nacionales, ni problemas sociales, legales o religiosos. Ella quiere ser considerada como es, dentro de las manifestaciones más o me-

nos azarosas a que la ha condenado la evolución eterna. Aquí, como en muchos falsos problemas, lo importanté no está en buscar soluciones nuevas, sino en no cometer torpezas con lo que vino *hecho y listo para funcionar desde las remotas brumas de la pre-historia*. El hombre podrá modificar y codificar lo que él ha creado. Toda rebeldía contra *lo que no le pertenece*, terminará por hacerlo morder el polvo. Creo firmemente que el gran problema actual del sexo consiste, sobre todo, en no inventarle problemas, y una vez suprimidos los existentes, en curar las perversiones y heridas que el fanatismo ciego ha abierto en ese rincón noble y delicado de donde manan las fuentes de la vida.